

Revista Electrónica de Investigación en Filosofía y Antropología

NUMERO 1 (Junio 2013)

Editor: Decanato de Filosofía. UNED

ISSN: 2340-4442

Isabel González.

Etnografía fuera

Entré al campo en dos ocasiones y en dos formas distintas: la primera mientras trabajaba en el ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) realicé entrevistas a desplazados forzosos en las oficinas de atención a esta población y a los trabajadores que les atendían y a funcionarios encargados de los programas de atención en un intento de analizar, en un primer momento, la ruta de atención a la población desplazada en la ciudad de Bogotá. Paralelamente también realicé entrevistas en distintos barrios de desplazados a través de organizaciones de población desplazada contactadas gracias a mi trabajo en el ACNUR. Mi papel como trabajadora de las Naciones Unidas, por un lado me facilitó el acceso a mucha información, sobre todo por parte de la institucionalidad pública (de otro modo los funcionarios jamás hubieran accedido a entrevistarse conmigo). Este trabajo también me puso en contacto con líderes de población desplazada que me abrieron el campo en barrios en los que sin un intermediario considerado "de confianza" hubiera sido imposible entrar. Sin embargo, por un lado, el acceder a entrevistas con personas desplazadas únicamente a través de los líderes puede sesgar la investigación ya que, por un lado, muchos desplazados no pertenecen a ninguna organización y los que sí lo hacen han asumido en muchas ocasiones el lenguaje de la organización misma, su enfoque político y el tipo de reivindicaciones y quejas a las que dan mayor prioridad. Fue fundamental en esta fase de la investigación aclarar que la investigación era una iniciativa personal y que no estaba asociada ni a las Naciones Unidas ni disponía por tanto de recursos

asociados a ella. Por ello, en la segunda ocasión trabajé en una ludoteca infantil en un barrio de migrantes y viví con una familia de desplazados en el mismo barrio. Trabajaba en una ludoteca infantil dando un curso de ecología a niños de entre 9 y 12 años, ayudándoles con los deberes, estando con ellos (espacio de protección para los niños). Elegí esta forma de entrada al campo no sólo porque era la opción que tuve por los contactos que tenía sino porque me parecía fundamental minimizar el sesgo de ser percibida como adscrita a alguna organización política. La ludoteca era percibida por la comunidad como una actividad apolítica (seguridad, protección y educación de los niños es una preocupación compartida por casi todos los miembros de la comunidad; son la población más vulnerable; control social), y minimizar este sesgo era para mí fundamental no solamente por mi propia seguridad sino por el tipo de investigación que me interesaba realizar. Era necesario entrar al campo aportando algo a la comunidad y teniendo un rol, una actividad que explicase que yo me estuviese quedando a dormir en el barrio (muy poco habitual). Los sesgos relacionados con el hecho de ser mujer, relativamente joven, extranjera, estudiante y demás eran más difíciles de controlar y me parecían menos determinantes para los resultados de mi investigación. En esta ocasión no entraba al barrio "avalada" por ningún organismo internacional, y por tanto no contaba tampoco con la protección que esto supone. En un barrio donde siguen operando grupos armados, donde los índices de violencia son altísimos y donde la presencia del Estado es prácticamente nula, mi propia seguridad fue una preocupación sobre todo al principio. No me atrevía a mirar a los ojos a nadie mientras caminaba por el barrio ya que era evidente que no pertenecía a la comunidad y cuando llamaban a la puerta de la casa de la mujer donde vivía se me cruzaba el, quizás absurdo, pensamiento de que alguno de los grupos paramilitares que controlan el territorio venía a confirmar que yo no suponía ninguna amenaza para sus actividades. Poco a poco me fui relajando, a medida que me convertía en una presencia familiar en el barrio, con los niños integrándome en sus rutinas de una manera natural, y sobre todo gracias a la familiaridad y cercanía de la familia con la que residía. Si la mujer con la que vivía estaba tranquila, teniéndome durmiendo en su casa, con sus tres hijas durmiendo en la habitación de al lado, cómo podía no estarlo yo. En un campo de estas características las relaciones de confianza, intimidad, y amistad con algunos miembros de la comunidad son imprescindibles. Mis lazos emocionales con el

campo crecían al mismo ritmo que mi nivel de integración en la comunidad. Las versiones sobre acontecimientos ocurridos en el barrio cambiaban mucho si la entrevista se realizaba en la calle (de ciertas cosas se habla en voz baja y hay cosas que no puedes preguntar, o no sabes a quién puedes y no puedes formular ciertas preguntas), con unas personas o con otras...era en la intimidad de la cocina, sin cuadernos ni grabadoras, bebiendo un aguardiente después de cenar que escuchaba las respuestas a preguntas ni siquiera formuladas. Los desplazados son personas amenazadas que saben que pueden ser localizadas por miembros de los grupos que produjeron su desplazamiento y que, por tanto, son muy reticentes a dar cierta información. Opté por ello, por entrevistas en profundidad pero a un número relativamente pequeño de personas, con las que podía compartir los espacios de intimidad y confianza necesarios.

Cualquier investigador social que haya entrado en contacto con la problemática de la violencia en Colombia se dará cuenta, como afirma Alejandro Castillejo en su "Poética de lo otro" de que "Colombia es un territorio donde se vive un estado generalizado de silencio. Silenciar es una estrategia militar, y el silencio una táctica de supervivencia".

Análisis de la información/Reflexividad del antropólogo

No podía presentarme a mí misma en el barrio como una antropóloga que estaba estudiando las dinámicas sociales del barrio mismo; esto habría supuesto ponerme en peligro, pero tampoco quería ocultar mi posición de investigador social, por lo que podría decir que hasta cierto punto jugué con mi propia identidad mostrando unas partes de ella u otras en función del contexto moviéndome en esa tensión constante entre mi propia seguridad y mi compromiso ético de transparencia con el campo.

Al comienzo utilizaba una grabadora cuando me era posible durante la realización de las entrevistas y transcribía las mismas con demasiada posterioridad. Dadas las reacciones que la grabadora suscitaba entre una población en muchos casos amenazada y poco habituada a ningún tipo de tecnología de este tipo, sustituí la grabadora posteriormente por notas o, durante el periodo en el que residí en el barrio, simplemente por la memoria, en parte también por el peligro que podía

suponer para mí que mi curiosidad se tomara como una amenaza en un barrio donde siguen operando grupos armados. Escribía el diario por las noches.